



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Sábado 8 de diciembre de 1979
Solemnidad de la Inmaculada Concepción

1. "Tota pulchra es, Maria!..."

Hoy toda Roma desea manifestar su veneración y su amor a esa *Belleza única que se llama María*.

Esta tarde iremos a la plaza de España, a la columna en cuya cima está la Inmaculada, iremos a hablarle, como cada año, con el lenguaje de esta especial tradición romana.

Luego nos reuniremos en Santa María la Mayor, en la primera basílica mariana de Roma, para celebrar la liturgia solemne, para ofrecer el Sacrificio de su Hijo, dando gracias a la Santísima Trinidad por *el don de la Inmaculada Concepción*.

Daremos gracias por este don sobre el fondo del Adviento de la Iglesia y de la humanidad, el Adviento que todos los años se renueva en la liturgia y permanece constantemente en la historia del hombre.

Así como sobre el fondo de aquel Adviento que precedió a la primera venida de Cristo, Dios, mediante el misterio de la Inmaculada Concepción, de Aquella a quien escogió como Madre suya, encendió la luz escondida del Espíritu, así también *la misma Luz*, revelada a la Iglesia, nos acompaña en el camino a través del tiempo del segundo Adviento.

Nos acompaña e ilumina la esperanza del hombre, cuyos caminos pasan frecuentemente a través de las tinieblas.

2. Hoy, para hablar de María, de esa Belleza que sólo Dios conoce plenamente, pero que al mismo tiempo, dice tanto al hombre, queremos servirnos de las palabras de dos entre los más grandes Padres y escritores de la Iglesia *de Oriente y de Occidente*.

Comentando un versículo del Salmo 86, San Germán de Constantinopla dice así " 'Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios', nos canta el Santo David, inspirado por el Espíritu. Al aludir de modo clarísimo a la ciudad del gran Rey, de la que se dicen cosas estupendas habla sin duda de Aquella que realmente fue elegido y que se eleva sobre todos, no por las casas más altas, no por las colinas elevadas, sino porque sobresale con mucho por el esplendor de divinas virtudes magníficas, por la pureza extraordinaria; (habla) de María, la castísima e Inmaculada Madre de Dios, en la que habitó el que es verdaderamente Rey de reyes y Señor de los señores, o mejor, Aquella en quien habitó corporalmente la plenitud de la divinidad" (*Hom. 9: PG 98 372*).

Y he aquí cómo el gran obispo de Milán, San Ambrosio, nos presenta a María como la "pro-redimida" por Cristo, su Hijo: "En verdad dichosa (María), porque fue superior al sacerdote (Zacarías). Mientras éste había rehusado creer, la Virgen enmendó su error. No es de extrañar que el Señor, debiendo redimir al mundo, haya comenzado por María su obra: si por medio de Ella se preparaba la salvación a todos los hombres, Ella debía ser la primera en recibir de su Hijo el fruto de la salvación" (*Exposit, Evangelii sec. Lucam II, 17; PL 15, 1559*).

De modo especial he querido poner juntas estas dos voces, porque en las dos hablan ambas tradiciones: la de Oriente y la de Occidente, unidas en la veneración de esa Belleza, que Dios mismo preparó *al comienzo del misterio de la Encarnación*. Dentro de poco repetiremos las palabras con las que el arcángel Gabriel saludó a María en el momento de la Anunciación: "Llena de gracia" (*Lc 1, 28*). El hombre es sensible a la belleza, no sólo a la belleza visible que se percibe por los sentidos, sino también a la belleza del espíritu.

En las palabras del Arcángel, pronunciadas durante la Anunciación, se habla claramente de la mayor belleza espiritual, que tiene su origen en Dios mismo. Y sobre todo Él mismo encuentra en ella complacencia.

Pidamos que esta belleza, la belleza de la gracia de Dios, no cese jamás de atraer los corazones humanos.

Después del Ángelus

Sé que en este momento hay también en la plaza de San Pedro un numeroso grupo de estudiantes de la diócesis de Vigevano, acompañados por sus profesores y padres.

Pues bien, hijos queridísimos, os dirijo un ferviente saludo, expresándoos también mi satisfacción

por haber emprendido esta peregrinación de fe a las tumbas de los Apóstoles. Os exhorto a proseguir siempre con alegría en el camino de la vida y sobre todo en el camino de un generoso testimonio cristiano, especialmente en vuestro ambiente escolar.

A todos vosotros, a vuestros amigos y a las personas que os son queridas, mi bendición apostólica, tanto para deciros que el Papa os quiere, como para invocar sobre vosotros abundantes gracias celestiales.